

El libro del trimestre

Victoria Camps, *Los valores de la educación*.

Ed. Alauda (Centro de Apoyo para el desarrollo de la Reforma Educativa), Madrid, 1993, 128 páginas.

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Hablar de valores ha llegado a ser tópico, lugar común, dígame como se diga. Pero la referencia a ellos se ha convertido en tarjeta de presentación de toda persona preocupada y ocupada por la tarea docente, incluso del Ministro de Educación Suárez Pertierra. En las 77 medidas, número bíblico donde los haya, ideadas para mejorar la calidad de los centros educativos y presentadas el 15 de Enero por el citado ministro, se hace especial hincapié en la educación en «valores morales» (por ejemplo, la medida número 2: «se promoverá la formación de toda la comunidad educativa para aumentar la presencia de la formación en los valores en los centros docentes»). No basta con transmitir conocimientos, se dice, se ha de preparar para la convivencia y la tolerancia. Y todo esto está muy bien. El docente, que tanto ha oído hablar de valores aquí y allá, se siente un tanto perplejo y escéptico al tener que hacer frente, él sólo, a la regeneración de nuestra sociedad desde su fundamento, la educación. Pero algunos filósofos que se dedican a la ética, con mucha voluntad y mucho conocimiento, se ponen manos a la obra para echar eso mismo, una mano, al desasistido profesor; filósofos muy preocupados por la educación y la Reforma: no hay más que ver el «lugar de honor» que ocupa la Filosofía en la tan citada Reforma.

El libro de la profesora Victoria Camps se enmarca en este contexto. Lo traemos a colación no tanto por sus «brillantes aportaciones», sino por ser síntoma de una preocupación por lo valorativo en la educación.

¿Qué nos dice este libro? La educación no ha de ser sólo la instrucción en determinadas materias, sino la formación de personas, y para

ello se necesita la referencia a unos valores éticos fundamentales. Una sociedad democrática como la nuestra, se dice, sólo es posible desde una ética universal y laica. El punto de partida son los valores reconocidos y asumidos por todos, ineludibles para el diálogo y el consenso sobre normas aún no compartidas. Ahora se trata de saber cómo esta ética de mínimos puede ser enseñada en la escuela.

La obra se presenta como una reacción ante la desorientación moral juvenil y el rechazo de los jóvenes de algunos valores «básicos», como la tolerancia o el mismo funcionamiento de las instituciones democráticas. Ante esta situación, el primer objetivo es lograr una convivencia consensuada sobre ciertos valores, respetando, a la vez, el pluralismo en que vivimos. Ese mínimo de convivencia, ese irrenunciable de transgresión intolerable, no sería otra cosa que la Declaración de Derechos Humanos. No hay que hablar tanto de crisis de valores, los valores siempre han estado en crisis, y pasar a transmitir ese código mínimo de convivencia.

El libro, en sí mismo, es interesante, y, además, siempre lo es preguntarse por los fines de la educación. Sin entrar en algunos de los presupuestos fundamentales que defiende la autora, que no compartimos y cuya crítica nos llevaría demasiado lejos, pasamos a enumerar algunos puntos que son de especial relevancia para aquél que ha hecho de la educación su vida.

Se necesitan valores éticos para conseguir una ética universal y laica que sirva de punto de partida para alcanzar el consenso y permita el diálogo. Es lo único que posibilitará una educación más humanista y prometedora. La educación es formación del carácter, es tam-

ANÁLISIS

bién la preocupación máxima de la ética; la tarea educativa y la tarea ética parecen coincidir. En esto podemos estar de acuerdo. Sí, muy bien, pero ¿es esto posible sin unos criterios, unas convicciones que permitan la orientación más allá del presente y más allá de la mera asunción, de una forma un tanto arbitraria y voluntarista, de la Declaración de Derechos del hombre? Es nombrar la tan citada Declaración y parece que alcanzamos no sé qué tranquilidad de conciencia. ¿No habría, más bien, sin negar la Declaración de Derechos del hombre, que buscar una articulación, si no racional sí al menos razonable, de las convicciones y creencias que sostienen nuestras proposiciones de vida buena, de nuestros ideales de dignidad y tolerancia?

No es suficiente criterio para la crítica moral decir que algunos no hacen lo que dicen. La coherencia, más lógica que vital, no puede ser, ella sólo y por sí misma, criterio de discernimiento ético. Ante la ausencia de criterios éticos, de «convicciones bien consideradas», se apela, un tanto arbitrariamente, a la autonomía, a la libertad personal. Una solución, posible y entre otras, podría ser la presentación de modelos, de caracteres ya hechos, ya formados; no hay por qué rechazar arbitrariamente la presencia de modelos de comportamiento. ¿No es muchas veces un maestro precisamente eso, una actitud ante la vida, una forma de ser, un ideal?

La pregunta básica que atañe al educador, dejando de lado por un momento qué son los valores y cuáles son, es cómo se enseñan. La respuesta de Victoria Camps no deja de ser sorprendente: en la enseñanza de valores se trata de «sembrar dudas e incertidumbres, de formar para la crítica, de enseñar a la persona a decidir por su cuenta, con autonomía» (p. 20). Y preguntamos nosotros, desde dónde la crítica y para qué la crítica. Si yo quiero formar para la autonomía, para la decisión libre y responsable de mis alumnos, no puedo presuponer que son autónomos y limitarme a «sembrar dudas», sería caer en un círculo vicioso, en una petición de principio. Se argumenta con palabras mágicas e intocables. Palabras como democracia, autonomía individual, libertad, solidaridad

se convierten en axiomas de razonamiento. ¿Quién duda de ellas? Nadie. ¿Quién las cuestiona? Nadie.

La tarea del educador es lograr que el alumno se desenvuelva bien en la sociedad (socialización) y contribuir, a la vez, a la mejora de esa sociedad (p. 74). Tarea ésta, sin lugar a dudas, muy noble e importante, pero que nunca puede ser el fin primordial de la educación. La educación es socialización, pero no sólo. ¿Qué pasa con la persona, con el individuo que tenemos delante?

El educador tiene que «enseñar las cosas que deben ser conservadas», tiene que enseñar lo que es valioso y lo que es desechable. Nos parece, sin duda, una idea profunda; plantea un ideal muy alto para la educación. Lo que no acabamos de ver a lo largo de todo el libro es cómo hacer compatible esto con el principio «moderno», tantas veces repetido por la autora, de la autonomía y la libertad individual. ¿Cómo distinguir lo valioso de lo desechable si el único criterio de valoración es un principio formal de autonomía? La crítica que no está enraizada, no nacida de la convicción, se convierte en mero juego de conceptos y palabras, en mera retórica, aunque sea una retórica bondadosa y bienintencionada.

Para terminar, y yendo más allá del libro y apuntando a aquello de lo que el libro es síntoma, nos preguntamos en qué se concreta la preocupación insistente por los valores referidos a la educación. Nos atreveríamos a decir que en casi nada o en muy poco. Es necesaria, pensamos, una materia que enseñe a pensar la vida moral, una reflexión sobre los valores y nuestra forma de vivirlos. Se precisa una explicitación de la valoración. En la Educación Secundaria Obligatoria está arrinconada.

Del libro de Victoria Camps que hemos comentado, más como síntoma de una preocupación que por su valor intrínseco, podemos decir que «no está mal»; pero un libro que trate de la educación, de los valores, de la formación de la persona, etc., no se puede quedar en el «no está mal». Tenemos que llegar a decir de un libro que trate de todo esto, que tanto nos interesa intelectiva y vitalmente, que «está bien», que «está muy bien». **A**